MANUEL JOSE OTHON y su obra

Por Margarita PAZ PAREDES

Si por clasicismo se entiende lo que siendo antiguo continúa siendo moderno, la poesía de Othón será perennemente clásica.

JESÚS ZAVALA

ESE gran solitario de la poesía mexicana: Manuel José Othón, es y será siempre un poeta nuevo, actual, a pesar de que nadie como él supo y quiso guardar con tan celoso empeño, puro e incólume, el tesoro de las formas clásicas españolas. La suya es la actualidad de lo eterno, el cotidiano milagro del crepúsculo y la aurora, "y no será improbable que su poesía cualquier mañana por venir llegue a descubrirse aún más fresca que el rocío".

Othón nace un año antes que Gutiérrez Nájera, considerado por muchos como el primer precursor del modernismo en América; publica su obra fundamental en la misma época en que aparece *Prosas profanas* de Rubén Darío, y es asediado constantemente por la corriente innovadora que a través de los poetas franceses se filtró en nuestro Continente, no obstante lo cual, el esquivo autor del *Himno de los bosques* se mantiene firme y sereno en sus convicciones tradicionales que ya en 1890 deben haber parecido arcaicas a los partidarios del modernismo invasor.

En aquella época, gloriosamente creadora y trascendental para la literatura hispanoamericana, América vivía horas de intensa inquietud espiritual, sacudida por la corriente individualista que engendró, en lo político y social, el imperialismo económico. José Martí escribía versos modernistas, al par que luchaba con las armas en la mano por la independencia de Cuba, sin sospechar la nueva servidumbre que le sería impuesta a su patria, tras la liberación de España. Estados Unidos promovía congresos panamericanos y los inversionistas de Wall Street derramaban dólares a manos llenas por todo el Continente. José Enrique Rodó escribía *Ariel*, credo idealista de las nuevas generaciones literarias hispanoamericanas. Rubén Darío se lamentaba de que "tantos millones de hombres hablaremos inglés", y escribía su protesta en las alas de los cisnes, "tan olímpicos como Júpiter". Díaz Mirón arriaba la bandera de sus rebeldías juveniles para luego "fugarse por las aristas insibles de la poesía", mientras nuestro poeta, "tranquilo y fuerte", esculpía en mármoles definitivos su obra poética, en la soledad del campo.

Era la hora del esplendor modernista, en cuyas filas triunfadoras se alistaban los jóvenes poetas que soñaban con heredar la gloria de los grandes precursores: González Prada, Martí, Julián del Casal, Asunción Silva. "Desde entonces acá —ha dicho con indiscutible acierto don Francisco González Guerrero— muchos de aquellos «modernos» han envejecido o han sido olvidados; sobreviven solamente unos pocos, los que como Othón tenían bienes de poesía completamente saneados y no entregaron su alma totalmente a los caprichos de una moda."

¿De dónde proviene esa permanencia estética que ha dado valor inalterable a la obra del gran poeta potosino? La respuesta la encontramos en las brillantes páginas que algunos de los más grandes escritores y críticos mexicanos han dedicado al genio de Othón.

Para comprender al poeta es preciso, ante todo, colocarlo en el medio que le era propio y natural: la tierra y el paisaje. Todos están de acuerdo —dice González Guerrero— en considerar a Othón "como el más grande de los paisajistas mexicanos, el que hace de la contemplación un culto y una necesidad para la emoción estética". Pero esa contemplación, que podría haberse traducido —y muchas veces se tradujo— en simple y pura descripción poética, "se resuelve constantemente en misticismo o interpretación de las fuerzas del mundo". El poeta canta y describe maravillosamente nuestras selvas, nuestros valles, nuestros ríos y desiertos, pero no para allí, "sino que nos hace comprender, sentir y amar la naturaleza".

...fe robusta y corazón de niño...

Esta inmersión en la naturaleza que tiene caracteres de misticismo, es lo que distingue a Othón de los poetas bucólicos, entre los que se ha querido clasificar, erróneamente, al autor del *Idilio salvaje*. Manuel José Othón —dice el más autorizado de los comentaristas de la obra othoniana, licenciado Jesús Zavala— no es un poeta bucólico. "No lo fué ni lo será nunca. No canta la vida del campo ni celebra amores pastoriles. Impregnado de amor y saturado de una suave y dulce melancolía, su actitud es de éxtasis, de mística o, más bien, de religiosa contemplación en presencia de la naturaleza. En él el espíritu y la naturaleza forman una sola unidad, un estado de alma."

A juicio de don Alfonso Reyes, Othón tuvo de Virgilio "la afición al campo, el don de lágrimas y el profundo clamor humano que resuena bajo el campanillero de los versos", pero si se hubiera puesto a elegir, "habría preferido sin duda el campo sin hombres, sin pastores, con ruido solamente de animal con la infinita presencia de Dios".

Este análisis del gran crítico y poeta mexicano, ha hecho que otro escritor, M. Bustos Cerecedo, comente: "Alfonso Reye quiso llegar a la raigambre de la poesía Othón. La entraña de esta poesía fué el h bre, porque con la «infinita presencia de D se hubiera tornado mística, y no tendría magna y vigorosa expresión de la naturale

El *Idilio salvaje* es interpretado por tos Cerecedo como "el drama final de la a tura del poeta con la misma vida", y agr "El amor que salta a los caminos de sus sos... no es el de una mujer... sino e los campesinos, el de su pueblo entero Semejante interpretación, aunque interes y novedosa, es a todas luces errónea. O era un creyente de "la aristocracia del a y nunca tuvo preocupaciones de carácter cial. Profundamente individualista, altivo y litario, el drama que se refleja en sus últi poemas es un drama personal, de int fuerza pasional. En el *Idilio salvaje* —ha crito el licenciado Zavala— "el paisaje de ser un espectáculo para convertirse en espejo en el que se reflejan: la aridez desesperación y la tortura del corazón con tido en pavesas, después de haber ardido e flama de una pasión".

Manuel José Othón fué, en su prin etapa creadora, un poeta romántico. No d mos perder de vista un hecho ya anotado Manuel Maples Arce: el sentimiento del saje fué una creación del romanticismo. N de extrañar pues que el primer libro de Oth *Poesías*, publicado en 1880, fuese una obra talmente romántica. Los temas, el tono y esencia misma de estos versos, son romántic

La luna se va del cielo,
ya apenas su luz derrama;
mas todo aún está en reposo,
y todo en silencio calla...
Esta es la hora suprema
en que olvidan y descansan.
¡Duerme, duerme, madre mía,
mientras que vela mi alma!

De estas *Poesías* dijo don Victoriano Ag ros que le parecían buenas, "y muchas ellas dignas de un talento inspirado y de inspiración sana y ardorosa". "No hay n allí que parezca fingido o falso —agregó exagerado ni exótico; antes se ve que todo nacido espontáneamente del corazón en horas de pesadumbre o de desmayo."

Años más tarde, cuando ya el poeta ha traspasado "la mitad del camino de la vid desconoció aquel primer volumen de ver juveniles, pero confirmó el juicio de Agria respecto a la sinceridad de su obra con es palabras: "El artista ha de ser sincero ha la ingenuidad. No debemos expresar nada o no hayamos visto; nada sentido o pensad través de ajenos temperamentos, pues si hacemos, ya no será nuestro espíritu qu hable y mentiremos a los demás, engañém nos a nosotros mismos."

De esa sinceridad y de esa ingenuidad tán saturados los cantos mayores de nues poeta, que "dueño ya de la flauta de Pan presencia de la creación, con fe robusta y razón de niño y con acento propio, pletóri de originalidad, de armonía y de belleza, t dujo con religiosa unción, en poemas inm tales, como la *Noche rústica de Walpurg Salmo del fuego* y *Pastoral*, todas las voces la naturaleza". El alma campestre de Méxi se asomaba al espejo limpido de su poesía:

Son las últimas notas del concierto
de un día tropical. En el abierto
espacio del poniente, un rayo de oro
vacila y tiembla. El valle está cubierto
y se envuelve en cendales amarillos
que van palideciendo. Ya el sonoro
acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos
a preludiar en el solemne coro...
¡Ya es otra vez inmensa la que canta!

Othón había conquistado con este solo po ma el sitio prominente que legítimamen

(Pasa a la página 2

EDITORIAL

EL próximo 17 de febrero iniciará sus trabajos en la ciudad de Guanajuato la Asamblea de la Asociación de Universidades e Institutos de Cultura Superior de la República Mexicana, dos años después de la reunión análoga que tuvo lugar en Hermosillo, Sonora.

Va a estudiarse, en el curso de la presente Asamblea, un proyecto elaborado por la Universidad de Guadalajara relativo a la situación económica de los establecimientos de alta cultura que funcionan en el país, con miras a planificar del modo más racional y adecuado sus recursos, así como la distribución de los estudiantes.

Como es bien sabido, a nuestra Casa de Estudios le han construído y le han dedicado la Ciudad Universitaria de México, la cual quedará terminada durante el año de 1953; pero tras un esfuerzo tan generoso del Gobierno, habrá que acudir también en ayuda de las Universidades del interior.

Para ello la Universidad Nacional Autónoma de México, despojándose de egoísmos y atenta sobre todas las cosas al avance de la cultura, está dispuesta a facilitar sus investigadores y maestros —quienes en el medio óptimo de la Ciudad Universitaria hallarán todavía mayores estímulos para perfeccionarse en sus respectivas disciplinas— a fin de que aporten colaboración docente a las Universidades de provincia.

También se examinará, en la próxima Asamblea de Guanajuato, el dictamen del Consejo Directivo de la Asociación de Universidades relacionado con el problema del bachillerato, cuyos aspectos más agudos ya se han discutido y reseñado en esta misma revista. Se tiende a unificar la reglamentación sobre la materia y a mejorarla en cuanto sea posible.

Rumores mal intencionados han propalado la especie de que las Escuelas Preparatorias van a entregarse a la Secretaría de Educación Pública y que, como consecuencia del estudio de este asunto, se suprimirán clases y cesarán en su cargo los profesores.

Nada de esto es cierto, sino todo lo contrario. La resolución que tras serenas discusiones se adopte en Guanajuato —y cuyo sentido definitivo nadie puede predecir desde hoy— no se aplicará inmediatamente, pues será objeto de atenta revisión posterior por parte del Consejo Técnico de la Escuela Nacional Preparatoria y del propio Consejo Universitario. Y sólo puede afirmarse ahora, con plena certeza, que no existe el más remoto propósito de perjudicar a los profesores, sino el de ayudarles en su tarea y mejorar el nivel de su condición económica.

Tales son los hechos.

SEMBLANZA DE FRANCISCO ROJAS GONZALEZ

Por Djed BORQUEZ

HE de hacer una rápida semblanza de Francisco Rojas González.

Lo conocí en Guatemala por allá en 1922, cuando él se había iniciado en el servicio diplomático, empezando por el cargo menor de canciller de un consulado. Estaba Rojas en su primera juventud. Tenía poco tiempo de haberse bajado el pantalón; pero contaba en su historial haber presenciado la batalla y desastre de Algibes. Era un muchacho imberbe, estudioso y lleno de ilusiones. Buen conversador, se hizo muy pronto de numerosos amigos. Sentía predilección por tratar a los revolucionarios mexicanos y no perdía oportunidad de oírles referir sus hazañas. Rojas manifestaba desde entonces una enorme simpatía por todo lo que fuese esencialmente mexicano: las canciones románticas y los corridos, el alegre taconeo del jarabe tapatío y el producto elaborado del maguey que crece en Jalisco.

Entre sus parientes viejos contaba a dos notables escritores, a quienes admiraba y eran su orgullo: don José López Portillo y Rojas, y el periodista que presidió el Constituyente de Querétaro, Luis Manuel Rojas. Fuí testigo de la estimación que le tenía Luis Manuel, quien a menudo me hablaba con cariño de su sobrino. Rojas González había iniciado sus balbuceos literarios en un pequeño círculo que en la Secretaría de Relaciones formó el escritor y poeta Juan B. Delgado. Entre sus compañeros estaban Luciano Joublanc Rivas, Armando Amador, Agustín Granja Irigoyen y el autor teatral Guz Aguila.

Durante su estancia en Guatemala Rojas González afinó sus dotes de observador, se hizo todavía más mexicano y tomó gran cariño a los indios, que en caravanas llenas de color y de brillantes reflejos desfilaban rumbo al mercado. De allá volvió decidido a seguir sus estudios literarios. Pronto iba a publicar su primer cuento.

Desde la aparición de "La historia de un frac" que sirvió a un aventurero judío para realizar una película famosa con el título de "Seis destinos", Rojas González publicó en revistas y diarios, y después en libros, un cantidad considerable de cuentos. Tenía gran facilidad para tratar este género literario. Lo producía a raudales. Tomos de gracia y d intención. Bastaría recordar aquel de "Voy a cantar un corrido..." para reconocer en Ro jas González al mejor cuentista de Méxic En esta narración aborda el tema de un ge neral revolucionario a quien, en su lecho d moribundo, le van a pedir que diga cuál ho menaje póstumo prefiere: si se da su nombr a una calle, si un monumento a caballo, si un busto en el jardín principal... Sobre todo aquellos ofrecimientos el general, salido de

(Pasa a la página 10)